



Una oración por
Kateřina Horovitzová



Arnošt Lustig

Traducción del checo a cargo de
Patricia Gonzalo de Jesús



IMPEDIMENTA



I

El señor Herman Cohen (pertrechado con un pasaporte americano al igual que los otros diecinueve hombres de la sinagoga) hizo llamar a un sastre por medio del señor Brenske. Cuando este se presentó, le hizo el siguiente encargo:

—Me hará un traje a medida para el viaje, ya que como puede ver, el que llevo puesto está prácticamente destrozado. Póngale oficio y estilo, le gratificaré generosamente.

Pronunció aquellas palabras como si se encontrara en San Francisco. En modo alguno se dejó intimidar por la presencia del soldado que había traído al sastre desde el campo de concentración cercano, ni por los guardas apostados en las esquinas del templo.

Hacía más de hora y media que soldados idénticos, con uniformes verdosos como ranas, del color del fango y los nenúfares, rodeaban la sinagoga y se movían por dentro y por fuera de las casas habitables adyacentes. Pero a Kateřina Horovitzová, que había contradicho por primera vez en voz alta los argumentos de su padre en el andén, con las palabras «Pero yo no quiero morir...» (razón por la que el señor Cohen

la reclamó al señor Brenske cuando ella se encontraba ya a pie de vía), aquello le llenó los ojos de admiración. Tuvo en ella el efecto de un vino cabezón que te sume de golpe en un dulce, intenso e increíble vértigo (una idea extraña, puesto que ella jamás había catado el vino). Aún no sabía que el hecho de solicitar su persona, para el señor Herman Cohen, era un modo de poner a prueba la honradez de las intenciones del señor Bedřich Brenske, y lo mismo acababa de hacer con el sastre: la mera formulación de la frase «me hará un traje a medida para el viaje...», mostraba su confianza en que no habría de ser de otra manera. Según el señor Brenske, aquel hombre había sido el mejor sastre de Varsovia no mucho tiempo atrás.

—Un traje —continuó afablemente el señor Herman Cohen, pero también mostrando cierta altanería hacia el sastre vestido con su uniforme a rayas de prisionero, y hacia el soldado de pie junto al sastre (como si este pudiera ir armado, o como si esperase de él una treta deshonesta)— con la cantidad de pliegues oportunos para que no se arrugue ni se rasgue. Con seguridad sabe a qué me refiero. Y de corte moderno, se sobrentiende. A ser posible una tela oscura que disimule la corpulencia y dé cierto porte a la figura, pero no negra, ni de luto. Y para la señorita Horovitzová, de la cual me ocuparé personalmente desde este mismo instante como si fuera mi propia hija, ponga todo su empeño y maña en crear un abrigo adecuado para este tiempo de perros, con el que no tenga que avergonzarse en sociedad. Supongo que no debo aclarar —dijo con la misma voz que había empleado al dirigirse por primera vez al sastre— que solo deseo lo mejor para mí mismo y para ella, y que no racanearé en el pago.

Impostaba aquel tono, más que nada, para infundirse coraje a sí mismo, pues el sastre obedecía sin mayor interés que

cumplir con su tarea. El señor Cohen, durante toda su intervención, no dejaba de darle vueltas a la cabeza: ¿por qué la gente del andén cuchicheaba que *allí* estaba el gas? ¿A qué gas se referían?

Kateřina Horovitzová se pasó las palmas de las manos por los huesos de las caderas de forma inconsciente, como si ya se estuviera preparando para probarse el abrigo nuevo. Aún no había asimilado la rapidez con que sucedió todo, pero se concentraba en la urgencia del momento. Estaba dispuesta a aparentar que era una bailarina madura y famosa, como había hecho en la fugaz ocasión en la que se quedó a solas con el señor Herman Cohen. (Ante la propuesta, él respondió que no era lo más relevante en aquel momento; no debía preocuparse por lo que sucedería después, pues no revestiría dificultad ninguna: uno de los caballeros, el señor Rappaport-Lieben, de Chicago, era accionista del matadero local y dueño del cabaret *Góndola*, cuyo nombre ella recordaba bien. Era una pena que no hubiesen podido hablar de ello con más detenimiento; después resultó imposible seguir actuando con despreocupación, pues Brenske y los demás guardas se situaron demasiado cerca de ella.)

Los caballeros con pasaporte americano no parecían conocerse demasiado entre ellos. En un principio, además, tampoco habían sido veinte, sino dos mil; sin embargo (como se les hizo saber en Italia, punto de partida de su viaje), las autoridades americanas tenían especial interés en aquellos acaudalados ciudadanos, de la misma manera que el bando alemán se interesaba por un general y otros militares relevantes, no por los soldados rasos anónimos. Dada la fortuna de aquellos señores y la importancia de dicho general, las circunstancias que los habían conducido hasta allí adquirieron un marchamo de cierta excepcionalidad.

El sastre era tan escuálido como su propia sombra, y tenía un hematoma en la frente. Temblaba, tal vez por el desprecio que los años de reclusión en el campo vecino le habían enseñado a reprimir, sin que fuera posible reconocer en su expresión a quién culpaba del agravio recibido. Miraba con disimulo, pero sin pausa, los brazos del robusto y casi corpulento Herman Cohen: a primera vista era un ricachón y, por su forma de hablar al encargar el traje, probablemente millonario.

Aquella mirada ocultaba a ojos de todos los presentes la severidad de un maestro de la confección, a un tiempo admirativa y acechante, que se resistía a admitir sus nuevas funciones, así como una penetrante curiosidad (unida a la compasión del que con sagacidad adivina oro y divisas cosidos a cada hombrera) y, finalmente, envidia ante el hecho de que quizá el traje encargado serviría de veras al señor Cohen para salir de allí.

Miles, incluso cientos de miles de personas (se repetía el sastre para sus adentros) habían visto cómo se esfumaba su mayor anhelo: escapar del campo de concentración contiguo. Como si con ello pudieran comenzar una vida mejor. Y allí, frente a él, dos en uno, se encontraba la viva encarnación de la partida: el señor Herman Cohen y Kateřina Horovitzová.

Aunque los guardias de uniforme y las alambradas (por las que discurría una corriente eléctrica mortal) constituían junto con los muros de cemento una barrera casi impenetrable, todos sabían ya que en la sinagoga y sus anejos había un grupo de veinte judíos americanos procedentes en su mayoría de Polonia, puede que en parte de Chequia. Era un secreto a voces que habían sido apresados durante el reciente desembarco de los ejércitos aliados en Sicilia, cuando la armada alemana ocupaba casi la totalidad del país, Roma incluida, y que los habían trasladado

hasta allí. Tras una pequeña demora en el andén, se hizo cargo de ellos el señor Bedřich Brenske, jefe de los servicios secretos, y de ese modo el trato hacia ellos se diferenció de inmediato del trato para con los demás. Este les notificó que serían internados brevemente en aquellos edificios antes de su inminente viaje al Oeste desde el Gobierno General de los Territorios Polacos Ocupados,¹ y que él, personalmente, trataría de satisfacer sus deseos siempre y cuando estuviera en su mano y, a la vez, en conformidad con los intereses del *Reich*, puesto que en un caso tan extraordinario siempre había de prevalecer el principio de «más cerca está la camisa que el jubón». Al parecer, eso es lo que habían entreído parte de los recién llegados al andén desde Varsovia, tras deambular por las vías férreas del Gobierno General y, entre ellos, Kateřina Horovitzová. Después de contemplar la multitud tras las alambradas y la humeante chimenea de detrás de las vías, su padre acababa de decirle: «Hemos venido aquí a morir». En la familia Horovitz nunca había estado bien visto contradecir al cabeza de familia. Ella tampoco era aún lo bastante independiente como para permitírselo. Sin embargo, se apeó del tren exhausta y espantada; en su interior no compartía la opinión de su padre, y por fin se atrevió a expresarlo en voz alta. Puede que fuera su mirada o su flexible paso de bailarina, su orgullo o, en definitiva, su abierta súplica (nadie lo supo nunca con exactitud y, en vista del resultado, tampoco importaba) lo que animó a Herman Cohen a reclamarla como mediadora entre Bedřich Brenske y el grupo. Fue en el instante en el que ella dijo a su padre, sin tapujos y con franqueza: «Pero yo no quiero morir...». Todo el campo sabía ya que el señor

1. En alemán, *Generalgouvernement für die besetzten polnischen Gebiete*, denominación que se dio a los territorios polacos ocupados por la Alemania nazi y las autoridades encargadas de gobernarlos, desde su invasión en 1939 y hasta 1945. (*Todas las notas son de la traductora.*)

Brenske había accedido a ello sin vacilación. (Y ese hecho, por encima de cualquier otro de sus actos o palabras, fue lo que se difundió a la velocidad del rayo.) Pidió a Kateřina que abandonara su fila para unirse al grupo americano. Las maletas le serían entregadas después. Ella lo hizo de inmediato, mientras su padre era arrastrado por la muchedumbre más y más lejos. Finalmente, también se supo en el campo que solo unos pasos más allá de donde había tenido lugar aquella escena, la madre de Kateřina Horovitzová, su padre, su abuelo y sus seis hermanas fueron gaseados en el instante en que ella abandonaba el andén en compañía de Brenske y los demás. De nada sirvió que ella se girase una y otra vez en su busca: en las vías y en el camino reinaba la confusión; todos habían perdido la pista de todos; buscaban sus equipajes, las esposas trataban de localizar a sus maridos, los padres y las madres a sus hijos, y viceversa. En el campo también se supo que la familia de Kateřina Horovitzová acabó en la cámara de gas número tres, y que los nueve cuerpos fueron incinerados a continuación en los hornos en los que trabajaba el comando del rabino Dajem, de Łódź.

El sastre observaba al señor Herman Cohen y, de reojo, también al soldado con disimulo, en parte para no tener que mirar de frente a Kateřina Horovitzová. No sabía cómo comunicarle la noticia de lo que les había sucedido a sus padres, ni si, en una situación como aquella, era en absoluto apropiado anunciarle algo así. Podía apreciar que la muchacha era exactamente tal y como se la describía en el campo, con su expresión infantil, su cuerpo adolescente y su rostro juvenil. En tan solo media hora de reloj se había convertido en una leyenda; los rumores sobre la hermosa y cobarde judía que había burlado al destino que aguardaba a toda su familia se difundieron de inmediato. Cobardía por necesidad, aunque quizá no del todo: también otros ansiaban vivir, como si no

supieran de antemano lo que iba a sucederles. De cualquier modo, ¿acaso no se parecía el mundo exterior al campo, que extendía sus aguzadas alambradas como brazos fuertes y codiciosos de los que, a la postre, nadie podía huir eternamente? El sastre condenó, pasó por alto y perdonó por fin el tono arrogante que había empleado el polaco-americano Cohen, circuncidado exactamente igual que él. Para disimular, siguió fingiéndose interesado en sus hombreras y volvió a pensar en Kateřina Horovitzová. Las historias que se contaban sobre ella, en boca de los prisioneros más ancianos y más cultos con los que el sastre tenía trato, y que aún no habían sido enviados a las cámaras de gas (apenas quedaba un puñado de ellos, pues los cuerpos fuertes resistían más y durante más tiempo que los fuertes de espíritu), aparecían ligadas a relatos de una tierra antigua (donde una famosa joven, con la ayuda de su tío, evitó el exterminio de sus hermanos inocentes) y de la España medieval (donde, a causa de una hermosa judía, cierto rey fogoso había olvidado a su esposa legítima). Algo del lejano e irreal encanto de aquellas leyendas envolvía las palabras sobre ella que inundaban su cabeza, como si todo hubiese acabado ya a pesar de que el desenlace no estaba nada claro aún, y con la certeza de que su familia había pasado a mejor vida. Debía haber sucedido justamente en aquel momento (se dijo el sastre), transcurridas una hora y media, justo cuando él, ella, el señor Cohen y los otros diecinueve hombres inhalaban al unísono el fangoso aire septembrino de las llanuras polacas impregnadas a lo largo y a lo ancho del hedor de los huesos, la carne y la grasa de seres humanos carbonizados que restaba intensidad al olor de las ciénagas centenarias.

Por los recovecos y escondrijos del campo se contaba de ella que a los doce años ya prefería el baile a los estudios, por lo que solía recibir muchos azotes (pues es sabido que la madre

judía que no ama la vara, no ama tampoco a sus hijos). Y que más tarde, cuando la Polonia de los coroneles² se convirtió en el Gobierno General, bailó en cierta fiesta asaltada por soldados alemanes. Se decía que todas las mujeres y jóvenes allí presentes habían sido violadas, y que ella fue la única excepción porque logró cautivar a un comandante alemán que, a causa de aquel incidente, fue degradado y enviado al frente del Este, donde murió; no bajo fuego ruso, sino acribillado por la espalda por las *parabellum* alemanas de la policía militar, como mueren los traidores. (Podía sentirse aliviado por el hecho de que sus compatriotas no le hubiesen cortado el cuello y arrojado a una letrina, tal y como castigaban a traidores y desertores.) Los rumores sobre la antigua fama de la joven iban más allá de la realidad: las fantasías que se extendían por el campo llegaron a describirla sobre las tablas de lo que para ellos era el mundo (los escenarios de Londres o San Francisco) en el que se decía que el señor Herman Cohen había encontrado su hogar después de abandonar Varsovia. También se había corrido la voz, quién sabe cómo, acerca de las participaciones del señor Rappaport-Lieben en el matadero de Chicago y de que este era un gran maestro de ceremonias en su club nocturno, el *Góndola*. Aquel hombre era diferente de ellos, a pesar de que también había sido circuncidado. Tenía un pasaporte distinto, pero aquello no constituía nin-

2. El autor se refiere a la Polonia de la *Sanacja*, movimiento político de coalición que se hizo cargo del gobierno de la Segunda República Polaca a partir de 1926 para llevar a cabo la «sanación moral» del país. Encabezada en sus inicios por el mariscal Józef Piłsudski (Zułów, 1867–Varsovia, 1935), cabecilla del golpe de estado de mayo de 1926, si bien este no ejerció oficialmente funciones gubernativas, se trataba de un régimen con tintes autocráticos en el que se combinaban elementos de dictadura y democracia, con los «coroneles» partidarios de Piłsudski a cargo de los ministerios.

guna diferencia. En el fondo, estaban unidos por un vínculo invisible.

El sastre permanecía de pie, con la mente ocupada en las más peregrinas conjeturas. Su guerrera de prisionero, de rayas blancas y negras, colgaba como un harapo de sus angulosos hombros, y las mangas le quedaban demasiado largas. (En aquel instante era tal vez efecto de su encorvamiento, de su postura descuidada, ya que no estaba concentrado en ella, sino absorto en sus cavilaciones.) Aquello no generaba demasiada confianza por parte del señor Cohen y de Kateřina Horovitzová en su talento con los patrones y las agujas. No había cabezas de alfileres asomando de sus labios, como suele ocurrir entre los artesanos de su oficio, ni tampoco una cinta de medir en torno al cuello. Tan solo sus largos y huesudos dedos revelaban su experiencia con los hilos: las yemas del índice y el corazón de su mano derecha estaban ennegrecidas, como si no utilizara dedal.

El sargento que escoltaba al sastre apenas alcanzaba la mayoría de edad: debía de tener a lo sumo veintiún años. Se trataba de uno de aquellos chavales alemanes, apenas emplumecidos, que (como bien sabía el sastre) sobrevivían en el campo gracias a su dureza, y sometidos por el severo reglamento que servía para ambos bandos. Por las noches, junto a la alambrada, apuntaban sus fusiles contra sí mismos, con los cañones llenos de agua encajados en la boca o bajo la barbilla; bastaba con presionar el gatillo con el pie descalzo. Algunos de ellos enloquecían bajo la presión ejercida por cuanto veían allí, y a otros les disparaban camaradas más encallecidos. El propio sastre había presenciado una de aquellas ejecuciones, a manos del teniente Horst Schillinger y a la vista de todos los presos: la víctima fue un peón de infantería incapaz de mantener la mirada ante unos niños y ancianos en llamas, olvidando que pertenecían a una raza in-

ferior y que no debía pecar de compasivo; había declarado que no quería tener nada que ver con el asunto. La ejecución tuvo lugar en las inmediaciones del taller de sastrería. Como dijo entonces el señor Brenske al teniente Schillinger, aquello cumplía una finalidad para ambos bandos. El peón fue acusado de ser un judío blanco, infamador y profanador de la raza aria, y por consiguiente carbonizado a modo de advertencia en el horno número tres, el quemadero del rabino Dajem de Łódź (allí era donde se dejaba secar el cabello de las mujeres, que se cortaba a los cadáveres de las cámaras de gas tras una aspersión con agua helada: con ella se eliminaban los excrementos indeseados, el vómito y la sangre, de modo que el pelo quedaba húmedo pero de ningún modo descuidado).

El rabino Dajem de Łódź era una especie de juguete en manos de Brenske. Cantaba con una hermosa voz, lo cual se descubrió por pura casualidad: cuando el anciano iba a ser gaseado, intentó sin demasiado éxito aliviar la agonía de sus hermanos con su canto, y el señor Brenske alcanzó a escucharlo al otro lado de la puerta; este la abrió, lo sacó a la fuerza hasta el secadero y le impuso aquel delicioso canto como tarea y obligación a partir de aquel momento.

Pero aquel sargento que apenas había echado el plumaje, que se llamaba Emerich Vogeltanz (su nombre estaba escrito en la badana de la gorra, que el sastre había cosido), no dejaba de observar a Kateřina Horovitzová; no con compasión, sino más bien con aprobación. Una cría y una mujer, dos en una. La pregunta era cuál de las dos facetas reprimiría en su proceder, y cuál deseaba realzar. En aquel momento, tanto el sastre como el señor Herman Cohen se sintieron llenos de orgullo, como si se hubieran puesto de acuerdo.

—¿A qué te dedicabas antes, palomita? —preguntó el sargento Vogeltanz. Y ella respondió:

—Era bailarina.

—Hm, hm.

De modo que incluso la raza superior podía apreciar aquel tierno pimpollo judío, y poner su admiración de manifiesto. El sastre y el ricachón con pasaporte americano encontraron los primeros ecos de entendimiento por medio de miradas recíprocas. Aquel «hm» acompañado de una mueca bastó para que el brillo en los ojos del sastre se reflejara en la cálida envoltura de los pequeños y atentos ojos del señor Herman Cohen. Ambos se dijeron para sus adentros que Cohen había hecho bien en arrancar a aquella muchacha de las garras de la muerte. Pues aunque el señor Herman Cohen no quería dar rienda suelta a las elucubraciones de cariz lúgubre que le asaltaban una y otra vez acerca de lo que habían presenciado y escuchado en el andén, o acerca del penoso aspecto del encorvado sastre, todos aquellos caballeros sospechaban ya lo que significaba un campo de concentración sin que nadie tuviera que explicárselo. (Nadie había pronunciado aún las palabras «ni boda ni entierro», como uno de ellos haría después.) Quizá se transmitió de alma a alma entre aquellos dos hombres que ahora se miraban de frente (aparte de un sincero orgullo y admiración) también algo de lo que sabía el sastre pero que no sabía (o de lo que no quería siquiera ser consciente) Herman Cohen. Este esperaba tanto más pacientemente la respuesta del sastre, que se enderezó de modo imperceptible.

Kateřina Horovitzová sentía sus miradas y se forzaba por mostrarse humilde (al menos hasta el momento en que logran huir fuera de los límites del campo y, luego, más allá de las fronteras del mismo *Reich*). La ahogaba la pena de no lograr sacarse de la cabeza, siquiera durante un instante, a su hermana menor, Lea, y a su madre. Tras ellas dos desfilaba el recuerdo de toda su familia: nueve personas, sin incluirla a

ella misma. Estaba decidida a aprovecharse de la bondad del señor Herman Cohen para pedirle que las reclamara también a ellas; no obstante, el señor Brenske había insinuado que por el momento bastaba con su persona como acompañante de excepción, aunque no lo dijera de forma directa, ni a él ni a ella. Por esa razón la joven aguardaba a que aquel dislate del sastre y del traje tocara a su fin. Cuando el señor Cohen solicitó un traje nuevo, Brenske accedió de buen grado, disculpándose a la vez por el hecho de que no sería posible que el resto de los caballeros hiciera lo mismo, no había tiempo para ello, ni tampoco sastres refinados disponibles para tal cantidad de gente. El señor Brenske llegó a admitir que los trajes arrugados de todos los demás caballeros (que durante el viaje desde Italia a duras penas habían podido dormir) darían tal vez pie a calumnias una vez se encontraran en el lugar del intercambio; pero el que quisiera y tuviera buena voluntad vería asimismo en ello una prueba de la presteza con la que se había actuado por parte alemana. Una vez allí todos estarían más que dispuestos a olvidar el trájín de las mudas, y podrían hacerse con ropa nueva.

—No es mucho, teniendo en cuenta el precio —dijo—. Que tire la primera piedra quien esté libre de culpa.

De buenas a primeras, el sargento Vogeltanz lanzó un enorme escupitajo en mitad de la habitación en que se encontraban, donde todos pudieran verlo. Lo hizo, tal vez, para disimular la admiración que había mostrado, pues no cesaba de repetir en voz baja aquel «hm, hm...».

«En efecto, es endiabladamente bonita esta muchacha judía», reconoció para sus adentros Emerich Vogeltanz. Bien proporcionada, algo más alta que Herman Cohen (el cual, por su parte, tampoco tenía la planta de un enano) pero, a la vez, de hombros gráciles y cuello terso y estilizado. Detuvo la

mirada en su expresión de cría asombrada y desconfiada, en las comisuras de sus labios, algo caídas, y en las líneas rectas que surcaban su frente, a un tiempo marcadas y delicadas.

—Haré lo que pueda —dijo al fin el sastre—. Como debe ser, por otro lado...

Las miradas del sargento, del sastre y del señor Herman Cohen estaban puestas en el cuerpo y el rostro de Kateřina Horovitzová. Seguramente, en otras circunstancias aquello le habría provocado cierto pudor, pero en aquel lugar las circunstancias normales se veían veladas por la confusión. Causas y consecuencias confluían a la vez. De pronto, la atracción que todos sentían por ella se convirtió en lo único a lo que podía agarrarse. Allí dejaban de tener validez las exhortaciones y advertencias de su madre; debía fingir. Sabía que tal vez no fuera del todo correcto. No obstante, era la única salida posible. Ni siquiera podía guiarse por la palabra «correcto»; aquella palabra ya no importaba. De manera que se decidió a sostener todas las miradas.

—Hm, hm... —volvió a mascullar Emerich Vogeltanz; no se le ocurría nada más expresivo.

Las piernas de la joven estaban adornadas con la gracia de un corzo a la fuga, y su cabello era como el más negro carbón, largo, fuerte y brillante. (El señor Brenske, naturalmente, la había exonerado del corte de pelo, tal y como advirtió agradecido Herman Cohen en el andén donde los recién llegados formaban fila frente a los barberos y donde una segunda tanda, a la derecha de la vía, se encaminaba ya hacia unos edificios achaparrados). El súbito incidente del escupitajo lo había arruinado todo (incluso para el propio Emerich Vogeltanz.)

Los ojos de Kateřina Horovitzová parecían ahora, a todas luces, menos afligidos; refulgían con el destello del cobre envejecido, pardos y verdosos, con algunos matices dorados.

—Lo que pueda y lo antes posible... —repitió el sastre, volviendo a encorvarse de inmediato. Probablemente trataba de soterrar la escena del escupitajo.

Pero seguía palpándose en el aire. Ni siquiera las palabras de Herman Cohen, pronunciadas como si realmente fuera alguien que pudiera permitírselas en aquel lugar, a dos pasos del campo de concentración, podían sobreponerse a aquello. Sí, lo haría en cuanto estuvieran a solas, se repitió Kateřina a sí misma, aún con mayor fervor que antes. Pediría al señor Cohen que rescatara a su madre, a su padre, a su abuelo y a sus seis hermanas. Hizo acopio de las frases con las que articular su petición. El soldado había intensificado su miedo, y el resto de los guardas, aun en silencio, también resultaban amenazantes. Por el contrario, la cercanía del sastre, con su mera presencia y su aspecto deplorable, provocó en ella otro tipo de horror, más cercano a la repugnancia: le recordaba todo lo que no había querido ver. Solo deseaba que este hiciera llegar a su familia el mensaje de que iba a intentar ayudarlos.

En su interior volvía una y otra vez al instante en el que aún estaban todos reunidos en el andén, cuando la locomotora que empujaba el vagón procedente de Italia ocupado por aquellos dignatarios asomó por la otra vía. La esperanza anidó dentro de ella. Había sabido hacia dónde se dirigían desde el cambio de vías de la calle Stawki, en Varsovia. Del campo de concentración se hablaba mucho y se callaba más. Todo era cierto. En cuanto llegaron, un robusto oficial alemán de pelo oscuro y bigote mandó a su madre y a sus hermanas en una dirección distinta a la suya propia. A continuación desapareció también su padre; solo alcanzó a mandarle un recado a través de la señora Mandlbaum, de la calle Niska, explicando lo que estaba intentando y que, por tanto, se marcharía con aquellos caballeros. El señor Herman Cohen había accedido de inme-